
La creación del personaje masculino¹

Margaret Atwood

Estoy más que encantada de que hayan invitado a una mujer insigne a dar la conferencia Hagey este año, y aunque hubieran podido elegir a otra más respetable que yo, me doy cuenta de que la oferta con la que cuentan es limitada.

Que carezco de respetabilidad es algo que sé de buena fuente: de hecho, la fuente son los académicos de la Universidad de Victoria, en Columbia Británica, donde me entrevistaron hace poco. "Hice una pequeña encuesta" me dijo el entrevistador, "entre los profesores de aquí. Les pregunté qué pensaban de su obra. Las mujeres fueron todas muy positivas, pero los hombres contestaron que no sabían qué tan respetable fuera usted". Así que les advierto que lo que aquí aparece no será, académicamente, muy respetable. Mi perspectiva es la de una novelista de oficio, habitante desde hace mucho de New Grub Street, no la de la estudiosa de la época victoriana que aprendí a ser, durante cuatro años, en Harvard; aunque no puedo deshacerme de la influencia victoriana, como se puede ver. Así que ni siquiera mencionaré la metonimia y la sinécdoque, excepto en este instante, para impresionarlos y para que vean que sé que existen.

Por supuesto, todo lo anterior viene a cuento porque quiero que los lectores hombres sepan que, a pesar del título, no tienen por qué sentirse amenazados. Creo que, culturalmente, hemos llegado al punto en que los hombres necesitan cierto refuerzo positivo. Comenzaré con este proyecto personal justo ahora. Tengo conmigo unas estrellas doradas, plateadas y azules (que son ficticias, por supuesto). Se gana una estrella azul el que se sienta tan poco amenazado que decidió venir hoy en la noche; la plateada es para el que hasta se ría de las

¹ "Writing the male character", *Second words*. Selected Critical Prose, Toronto, Anansi, 1982, pp. 412-430.

bromas que hago; la dorada es para el que no se sienta amenazado en absoluto. Por otro lado, se gana un tache negro el que me diga "A mi esposa le fascinan sus libros"; dos taches para el que me diga, tal como lo hizo hace poco un productor de la CBC,² "Ya somos varios los preocupados porque las mujeres se están apoderando del medio literario canadiense".

"¿Por qué se sienten amenazados los hombres por las mujeres?", le pregunté a un amigo. (Me encanta el recurso retórico "un amigo". Las periodistas lo usan a menudo para decir algo especialmente desagradable, sin responsabilizarse de ello. Además, sirve para que la gente sepa que una tiene amigos hombres, que no perteneces a la raza de esos monstruos míticos que echan fuego, las Feministas Radicales, que siempre llevan con ellas un par de tijeras y patean a los hombres que intentan abrirles la puerta. "Un amigo", admitámoslo, también le da peso a las opiniones expresadas.) Pues mi amigo, quien por cierto sí existe, accedió a participar en la siguiente conversación. "Quiero decir —le dije— si los hombres son más grandes casi siempre, corren más rápido, estrangulan mejor y, en promedio, tienen más dinero y poder". "Tienen miedo de que las mujeres se rían de ellos", me contestó. "Que recorten su visión del mundo". Después, durante un breve seminario de poesía que di, le pregunté a las alumnas: "¿Por qué se sienten las mujeres amenazadas por los hombres?". "Tienen miedo de que las maten", me respondieron.

Con base en esto concluí que los hombres y las mujeres son de verdad distintos, aunque sólo sea en los límites y grados en que se sienten amenazados. Un hombre no es una mujer con ropa chistosa y corbata. *Ellos no piensan igual* sino cuando se trata de cosas como matemáticas superiores. Pero tampoco son extraterrestres o formas de vida inferior. Desde la perspectiva del (de la) novelista, este descubrimiento tiene implicaciones muy importantes. Y al fin nos acercamos al tema que nos interesaba, dando vueltas, desviándome, caminando para atrás como los cangrejos, de un modo bastante femenino; sin embargo, me acerco. Pero antes, otra pequeña digresión en parte para demostrar que cuando la gente te pregunta si odias a los hombres, la respuesta adecuada es "¿a cuáles?" —por-

² La CBC es la Canadian Broadcasting Corporation.

que, por supuesto, la otra gran revelación de la noche es que *no todos los hombres son iguales...* Algunos tienen barbas. Además de eso, nunca me he incluido entre aquellas que hablan de los hombres con desdén amontonándolos a todos juntos; nunca diría —por ejemplo, “Pon una bolsa de papel sobre su cuerpo y todos son iguales”. Pongo a Albert Schweitzer en una esquina y a Hitler en otra.

Pero pensemos en lo que sería la civilización actual sin las contribuciones de los hombres. No habría pulidoras de pisos, ni bomba de neutrones, ni psicología freudiana, ni grupos de rock de heavy metal, ni pornografía, ni Constitución canadiense repatriada... la lista podría seguir y seguir. Y es divertido jugar *scrabble* con ellos y útiles, pues se comen las sobras. He oído a algunas mujeres muy cansadas que opinan que el único hombre bueno es el hombre muerto, pero esto está lejos de ser verdadero. Es difícil encontrarlos, pero hay que verlo así: como los diamantes, aunque estén en bruto, su rareza los hace más valiosos. ¡Trátenlos como seres humanos! Esto los sorprenderá en un principio, pero tarde o temprano sus cualidades emergerán, la mayor parte del tiempo. Bueno, en vista de las estadísticas..., al menos, parte del tiempo.

Esa no era la digresión... ésta es la digresión. Crecí en una familia de científicos. Mi padre era un entomólogo del bosque al que le encantaban los niños e, incidentalmente, no se sentía amenazado por las mujeres, y pasamos muchas horas felices escuchando sus explicaciones sobre las costumbres del escarabajo carcomador o sacando orugas de la sopa porque se le había olvidado darles de comer y se habían arrastrado por toda la casa en busca de hojas. Uno de los resultados de mi educación fue que tenía una gran ventaja en el patio de la escuela cuando los niños intentaban espantarme con gusanos, víboras y demás; el otro fue que, un poco más tarde, desarrollé cierto cariño por los escritos del gran naturalista decimonónico, padre de la entomología moderna, Henri Fabre. Fabre era, como Charles Darwin, uno de esos dotados y obsesivos naturalistas aficionados que el siglo XIX produjo a manos llenas. Continuó sus investigaciones por amor al tema y, al contrario de muchos biólogos actuales, cuyo lenguaje se compone más de números que de palabras, era un escritor entusiasta y encantador. Leí con placer su recuento sobre la vida de las arañas y el de sus experimentos con las hormigas leones con los cuales trató de probar que éstas razonaban. Pero

no eran sólo sus temas lo que me intrigaba; era el carácter del hombre mismo, tan pleno de energía, tan complacido por todo, tan lleno de recursos, tan dispuesto a seguir su línea de estudio hasta donde lo llevara. Recibía opiniones que tomaría en cuenta, pero sólo creía en algo hasta que lo había probado en sí mismo. Me encanta pensar en él, pala en mano, adentrándose en un campo lleno de excremento de borrego en busca del sagrado escarabajo pelotero y de los secretos de su ritual de poner huevos. "Soy todo ojos", exclamaba al sacar a la luz un pequeño objeto, no redondo como la habitual bola comestible del escarabajo sino en forma de pera. "Oh benditas verdades gozosas que brillan de repente", escribió. "¿Qué otras pueden compararse con ustedes?"

Y es con este espíritu que deberíamos acercarnos a todos los sujetos, me parece. Si un escarabajo se lo merece, ¿por qué no un objeto un tanto más complejo: el humano masculino? Por supuesto, la analogía tiene ciertos inconvenientes. Por ejemplo, los escarabajos se parecen mucho entre sí, mientras que, como lo hemos anotado, hay gran variedad en cuanto a los hombres. Además, se supone que tendríamos que estar hablando de novelas y, como es obvio, una novela no es un tratado científico; es decir, no puede afirmar que contiene el tipo de verdad fáctica demostrable a través de la repetición de experimentos. Aunque el novelista presenta observaciones y llega después a ciertas conclusiones, éstas no pertenecen al mismo orden que las de Fabre acerca del comportamiento de las prácticas de apareamiento del escorpión hembra, aunque algunos críticos reaccionan como si así fuera.

Nótese que hemos aterrizado en medio de un pantano, es decir, en el punto crucial del problema: si una novela no es un tratado científico, entonces ¿qué es? Nuestra evaluación del papel del personaje masculino dentro de la novela dependerá, por supuesto, de la clase de bestia con la cual creamos estar tratando. Seguramente conocen la fábula de los cuatro filósofos ciegos y el elefante. Sustituyan "filósofos" por "críticos" y "elefante" por "novela" y tendrán una idea de lo que sucede. Un crítico agarra la vida de un novelista y decide que las novelas son autobiografías espirituales disfrazadas, o fobias sexuales disfrazadas o algo por el estilo. Otro se agarra del *Zeitgeist* (o espíritu de los tiempos, para aquellos que no tuvieron la suerte de verse obligados a presentar un examen de alemán para el

doctorado) y escribe sobre la Novela de la Restauración o la Novela de la Sensibilidad o el Surgimiento de la Novela Política o la Novela sobre la Alienación del Siglo XX; a otro se le ocurre que las limitaciones del lenguaje tienen algo que ver con lo que se dice o que ciertos textos presentan patrones similares, y el aire se llena de mitopeia, estructuralismo y delicias similares; otro va a Harvard y se pesca de la Condición Humana, que se encuentra entre mis favoritas y resulta muy útil cuando a una no se le ocurre otra cosa que decir. Sin embargo, el elefante sigue siendo un elefante y tarde o temprano se cansa de que los filósofos lo estén manoseando y entonces se endereza, se para sobre sus patas y se marcha en la dirección opuesta a ellos. Esto no quiere decir que los ejercicios críticos sean fútiles o triviales. Por lo que he dicho de los escarabajos —que también tienden a preservar sus secretos— ya sabrán que considero la descripción de elefantes una actividad que vale la pena. Pero describir un elefante y darlo a luz son cosas diferentes y el novelista y el crítico se acercan a la novela con una serie de preconcepciones, problemas y emociones muy distintos.

“¿De dónde venís?” pregunta un bien conocido personaje masculino en una multifacética prosa narrativa que, estoy segura, les es familiar. “De ir y venir en la tierra, de subir y bajar por ésta”, le contesta su adversario. También el novelista. Por supuesto, no es deseable continuar con esta analogía —un crítico no es Dios, contrariamente a lo que algunos opinen, y un novelista tampoco es el diablo, aunque uno podría subrayar, con Blake, que las energías creativas provienen con mayor frecuencia del inframundo y no del mundo superior del orden racional. Digamos tan sólo que el ir y venir y el subir y bajar por la tierra son cosas que todos los novelistas han hecho de algún modo y que la novela propiamente dicha, diferenciada del romance y sus variaciones, es uno de los momentos de la civilización humana en que el mundo humano tal cual es se estrella contra el lenguaje y la imaginación. Esto no implica limitar la novela a un naturalismo a la Zola (aunque el mismo Zola no era un naturalista estrecho a la Zola, como cualquiera que haya leído el triunfante pasaje final de *Germinal* podrá comprobar), sino que algunas de las cosas que se introducen en las novelas entran en ellas porque están en el mundo. En *Moby Dick* la escena de la flagelación no existiría si no hubiera habido barcos balleneros en el siglo XIX y

su inclusión no es mero sadomasoquismo por parte de Melville. Sin embargo, si el libro sólo se tratara de eso podría cabernos la duda.

Así, se debe concluir que el comportamiento muy poco recomendable de algunos personajes masculinos en ciertas novelas escritas por mujeres no se debe necesariamente a una visión pervertida del sexo opuesto por parte de las autoras. Podría ser... lo digo vacilante, en un susurro, pues como la mayor parte de las mujeres me da pavor ser acusada —casi no me atrevo a decirlo— de *odiadora de los hombres...* podría ser que el comportamiento de algunos hombres en lo que nos gusta considerar la vida real... ¿podría ser que no todos los hombres se portan bien? ¿Podría ser que algunos emperadores andan desnudos?

Tal vez esto les parezca una obviedad. Pero no lo es. Entre el ir y venir que los (as) novelistas realizan hoy día está el ir y venir por Canadá en la gira *Hunda a un autor (Wreck-an-Author)* de McLelland and Stewart³ para hablar con habitantes de los medios de comunicación, y el subir y bajar sucede luego de haber leído las reseñas de sus libros. En favor de mi argumentación, finjamos que los habitantes de los medios y los críticos que escriben en los periódicos tienen alguna relación, si no con el lector promedio, al menos con el clima de opinión promovida oficialmente, es decir, lo que se considera dentro de la moda del momento y, por tanto, puede discutirse en público sin sentir vergüenza. De ser así, el clima de opinión promovida oficialmente muestra un giro notable hacia los plañidos masculinos.

Déjenme llevarlos unos años atrás, a los días de *Política Sexual* de Kate Millet, cuyo ancestro fue *Love and Death in the American Novel* de Leslie Fiedler. Ambas eran críticas basadas en el análisis, dentro de la novela, de las relaciones entre hombres y mujeres y ambas le pusieron tache a ciertos autores por construir retratos simplistas y estereotipos negativos de las mujeres. Bueno, eso resultó interesante, pero ahora el asunto se ha volteado. Ahora nosotras recibimos taches por lo que algunos críticos (para ser justa, debo decir que entre éstos también hay mujeres) consideran como retratos desfavorables de los hombres realizados por autoras. He llegado

³ La casa editorial más importante del Canadá anglófono.

a esta conclusión sobre todo por reseñas de mis libros, porque son las que más leo, pero lo he descubierto en otros lados también.

Sabemos que es imposible escribir una novela exenta de valores. La creación no sucede en el vacío y un (a) novelista retrata o denuncia algunos de los valores de la sociedad donde vive. Desde Defoe hasta Dickens y Faulkner, siempre se ha hecho. Pero a veces se nos escapa que lo mismo sucede con la crítica. Somos organismos dentro de un medio ambiente e interpretamos lo que leemos a la luz de cómo vivimos y de cómo nos gustaría vivir, lo cual casi nunca coincide, por lo menos en el caso de la mayoría de los (as) lectores (as) de novelas. Creo que la interpretación política de la novela es pertinente dentro del cuerpo de la crítica siempre y cuando se reconozca a la novela como lo que es, porque la polarización total no le presta ningún servicio a la literatura. Por ejemplo, un amigo —para que sepan que tengo más de uno— escribió una novela donde en una escena retrata a unos hombres orinando de pie en la calle. Según sé, los hombres han hecho esto durante mucho tiempo, a juzgar por la firma en la nieve; es sólo algo que pasa. Pero una amiga mía le leyó la cartilla por escrito. El texto le parecía no sólo imperdonablemente centro canadiense —como podrán adivinar, ella es de Columbia Británica— sino también imperdonablemente machista. No estoy segura de cuál habría sido solución que ella habría dado en la novela. Probablemente quería que mi amigo no hablara de orinar y con ello evadiera el molesto problema de las diferencias fisiológicas; tal vez esperaba que los hombres demostraran una actitud igualitaria y se sentaran en el excusado. O tal vez quería que orinaran de pie en la calle y se sintieran culpables por hacerlo. O a lo mejor hubiera estado bien si lo hubieran hecho en el Océano Pacífico, para que se comportaran según la importancia actual del regionalismo. Podrán pensar que esta clase de crítica es tonta, pero sucede todos los días en New Grubb Street, que es donde vivo.

Para la novelista, esto significa que algunos hombres encontrarán reprochable que retrate a los hombres comportándose como muchas veces lo hacen. Nunca será suficiente que evite convertirlos en violadores y asesinos, abusadores de niños, fomentadores de guerras, sádicos, hambrientos de poder, insensibles, dominantes, pomposos, tontos o inmorales, aunque todos sabemos que existen. Hasta cuando los presenta como seres sensibles se le acusa de retratar-

los como “débiles”. Lo que este tipo de crítica quiere es al Capitán Maravilla, sin Billy Batson su *alter ego*; nada más la satisfará.

Perdónenme por subrayar lo obvio, pero me parece que un buen personaje en una novela, es decir, uno logrado, no es un personaje “bueno” en el sentido moral en que lo es una persona en la vida real. De hecho, un personaje que se porta bien todo el tiempo probablemente signifique un desastre para el libro. Existe una presión pública para que una cree este tipo de personajes, no es nada nuevo. Veamos a Samuel Richardson, autor de esos clásicos en donde se huye de la violación: *Pamela* y *Clarissa*. Las dos novelas contienen mujeres relativamente virtuosas y hombres relativamente lujuriosos y de mente sucia que, por coincidencia, eran caballeros ingleses. Nadie acusó a Richardson de tratar mal a los hombres, pero algunos caballeros ingleses sintieron que eran víctimas de una mala jugada; en otros términos, las inseguridades eran de clase, no de género sexual. Por supuesto, Richardson salió con *Sir Charles Grandison*, novela en la cual enmendó la imagen del caballero inglés. La novela comienza promisoriamente, con un rapto e intento de violación cuando un villano estaba a punto de obtener la invaluable olla de oro, la virginidad de la heroína. Desafortunadamente, Sir Charles Grandison entra en escena, salva a la heroína de un destino peor que la muerte y la invita a su casa de campo; después de lo cual la mayoría de los (as) lectores (as) se despiden de la novela. Sin embargo, yo siempre llego al final, hasta en las malas películas, y como soy la única persona que conozco que ha digerido las 900 hojas de la novela puedo decirles lo que pasa. Sir Charles Grandison despliega sus virtudes; la heroína las adquiere. Eso es todo. ¡Ah! y luego hay una propuesta de matrimonio. ¿Se les antoja leerla? Les apuesto que no, ni tampoco a todos esos críticos que se quejan de la imagen del hombre en los libros escritos por mujeres. Una amiga —una lectora y crítica perspicaz— dice que su criterio esencial para evaluar a la literatura es preguntarse “¿Esto vive o muere?” Una novela que se base en las necesidades que la gente siente de que su ego sea acariciado, su imagen apuntalada o su sensibilidad gratificada muy difícilmente sobrevivirá.

Echemos una ojeada a lo que la literatura ha hecho en realidad. ¿Es *Hamlet*, por ejemplo, una calumnia sobre los hombres? ¿Lo es *Macbeth*? ¿Lo es *Fausto*, en cualquiera de sus versiones? ¿Y qué del

comportamiento de los hombres en *Moll Flanders*? ¿O en *Tom Jones*? Si Dickens creó a Orlick, Gradgrind, Dotheboys Hall, Fagin, Uriah Heep, Steerforth y Bill Sykes, ¿debemos concluir que es un odiador de hombres? Meredith fue implacable crítico de los hombres y gran admirador de las mujeres en novelas como *Richard Feverel* y *The Egoist*. ¿Significa eso que es algo así como un traidor? ¿Y con respecto al fascinante fracaso de Isabel Archer para encontrar un hombre que esté a su altura en *Portrait of a Lady* de James? Aparte está *Tess of the D'Urbervilles*, con la gentil Tess, la víctima, y los dos protagonistas masculinos, un sinvergüenza y un mojigato. Les propongo a *Anna Karenina* y a *Madame Bovary* para dar un salto cultural; y ya que estamos en esas, podríamos mencionar al Capitán Ahab a quien, a pesar de ser una creación literaria de gran fuerza, difícilmente podríamos considerar como un modelo de comportamiento a seguir. Por favor tengan presente que todos estos personajes y novelas fueron creados por hombres, no por mujeres; pero, hasta donde yo sé, nadie ha acusado a los autores de ser malos con los hombres, aunque se les haya acusado de muchas otras cosas. Tal vez el principio implicado tenga que ver con el mismo que se utiliza cuando se cuentan chistes étnicos: está bien cuando se hacen dentro del grupo, pero cuando vienen de fuera se les considera racistas, aunque el chiste sea el mismo. Si un hombre hace un retrato desfavorable de un personaje masculino, es la Condición Humana; si lo hace una mujer, entonces es maldad. Creo que, hasta cierto punto, es posible darle la vuelta y aplicar esto mismo a las reacciones de las mujeres frente a los libros escritos por mujeres. Por ejemplo, esperaba que algunas feministas me denunciaran por la creación de mis personajes Elizabeth y Auntie Muriel en *Life Before Man*, a quienes nadie querría tener como compañeras de cuarto. Pero no sucedió. Para cuando el libro apareció, hasta las críticas feministas se habían fastidiado de algunas de sus expectativas; ya no les hacía falta que todas las protagonistas fueran cálidas, sino rudas, ya no sabias y experimentadas sino sensibles y abiertas, competentes, no madres tierra y apasionadas sino llenas de dignidad e integridad; estaban dispuestas a admitir que las mujeres también tienen sus imperfecciones y que la sororidad universal, aunque deseable, no ha sido aún instituida en este mundo. Sin embargo, tradicionalmente las mujeres han sido más duras que los hombres con respecto a los asuntos

relacionados con la imagen de la mujer en los libros escritos por mujeres. Tal vez ya es hora de terminar con los juicios de modelos de comportamiento y volver a la Condición Humana, tomando en cuenta que ésta puede ser variada.

Por cierto, podría construirse un argumento para concluir que a lo largo de la historia las escritoras han sido más benévolas con los hombres que los escritores. En las grandes novelas inglesas escritas por mujeres es imposible encontrar nada similar a aquel ángel caído y monstruo de depravación, Mister Kurtz, famoso corazón oscuro de *Heart of Darkness*; el más cercano sería el infame Simon Legree (pero había dicho *grandes* novelas). La norma oscila entre Heathcliff y Mr. Darcy, ambos llenos de defectos pero retratados con compasión; o, para invocar la única gran novela inglesa del siglo XIX, *Middlemarch* de George Eliot, entre el seco y envidioso Mr. Casaubon y el idealista pero desencaminado Dr. Lydgate. La maravilla del libro es que George Eliot nos hace entender no sólo lo horrible que es estar casada con Mr. Casaubon sino qué tan horrible es *ser* Mr Casaubon. Este me parece un modelo digno de imitación. George Orwell dijo que la vida de cada hombre vista desde dentro es un fracaso. Si yo lo hubiera dicho, ¿sería sexista?

Los victorianos, por supuesto, tenían ciertas ventajas que a nosotros nos faltan. Al menos no eran tan conscientes como nos hemos visto forzados a serlo nosotros del tipo de tema que discutimos ahora. Aunque estaban presionados para no escribir jamás una línea que pudiera sonrojar a una jovencita, lo que hoy día nos daría bastante libertad, no vacilaban en retratar el mal ni en llamarlo mal, o en hacer desfilar frente a los lectores (as) un zoológico de figuras cómicas o grotescas sin preocuparse de que pudieran considerarse como un insulto a un género sexual o al otro. Las novelistas victorianas tenían otras ventajas. Como el sexo quedaba fuera, cuando creaban un personaje masculino podían salir del paso sin intentar explicar cómo se siente el sexo desde una perspectiva masculina. No sólo eso sino que se consideraba que las novelas se producían para las mujeres, por lo cual tomó bastante tiempo para que se les considerara como una forma seria de arte. Algunas de las primeras novelas inglesas fueron hechas por mujeres, la lectura era predominantemente femenina y hasta los novelistas orientaban su trabajo en concordancia. Por supuesto, hay bastantes excepciones, pero en gene-

ral podemos decir que, durante casi dos siglos, la novela tuvo decididamente un sesgo femenino, lo cual puede explicar el hecho de que muchos escritores eligieran protagonistas femeninas y no al revés. La ventaja de la novelista (opuesta al romancero a la Walter Scott) resulta obvia. Si las novelas eran pensadas para las mujeres, las mujeres tenían información interna.

Como forma, la novela ha cambiado y se ha expandido bastante desde entonces. A pesar de ello, una de las preguntas que la gente me hace con frecuencia es “¿Escribe novelas de mujeres?” Hay que detenerse en la pregunta porque, como con otras preguntas, su significado varía según quién la pregunte y sobre quién. “Novelas de mujeres” puede significar novelas de género popular, de esas con enfermeras y doctores en la portada o de las que tienen heroínas con los ojos entornados, vestidos de época y cabellera al aire frente a castillos góticos o mansiones sureñas u otros locales donde la villanía puede amenazar y Heathcliff todavía acecha entre el musgo negro. O puede querer decir novelas que se supone son consumidas mayoritariamente por mujeres, lo que abarcaría bastante, puesto que el público lector de novelas de todo tipo —con excepción de las de vaqueros y algunas porno— está compuesto por mujeres. O puede significar novelas de propaganda feminista. O novelas que retraten las relaciones hombre-mujer lo cual, de nuevo, cubre un amplio terreno. ¿*La guerra y la paz* es una novela de mujeres? ¿Y *Lo que el viento se llevó*, aunque tenga una guerra? ¿O *Middlemarch* a pesar de que trate la Condición Humana? ¿No será que a las mujeres no les da miedo que las encuentren leyendo lo que se considerarían “novelas de hombres”, mientras que los hombres aún sienten que algo se les va a caer si miran muy fijamente ciertas combinaciones de palabras malévolas reunidas por mujeres? A juzgar por mis ires y venires en el mundo y mis subidas y bajadas en las librerías con el fin de autografiar libros, puedo afirmar que esta actitud se está desvaneciendo. Más y más hombres están dispuestos a formarse en la fila y dejarse ver; cada vez más pocos dicen “Es el regalo de cumpleaños de mi esposa”.

Pero casi pateo a mi viejo amigo y compañero, el temible Pierre Berton, cuando me preguntó en la televisión por qué todos los hombres en mi reciente libro *Bodily Harm* eran maricones. En un despliegue de la tan celebrada compasión femenina —no confundirla con

debilidad mental— nada más balbuceé sin ton ni son por unos minutos. Debí haberle contestado: “Pierre, ¿quién crees que tiene mayor experiencia con hombres en las relaciones sexuales, tú o yo?” Esto no es tan malvado como suena. Las mujeres como personas tienen una gama relativamente amplia de experiencias de donde escoger. Tienen sus experiencias con los hombres, por supuesto, pero también las de sus amigas porque, claro, las mujeres hablan más sobre los hombres que los hombres —más allá del síndrome de la anécdota sucia— de las mujeres. Las mujeres están dispuestas a hablar de sus debilidades y miedos con otras mujeres; los hombres no lo hacen frente a otros hombres porque como es un mundo de caníbales no están dispuestos a exponerse frente a los afilados dientes de sus rivales en potencia. Si los hombres quieren discutir sus problemas con las mujeres, lo hacen con un loquero o, adivinen, con otra mujer. Tanto en la lectura como en la escritura, las mujeres saben más sobre cómo se comportan los hombres con las mujeres; así que lo que un hombre considera como un insulto a su autoimagen, para la mujer no será sino un rasgo realista o hasta demasiado suave.

Pero regreso a la afirmación de Pierre Berton. Pensé con cuidado acerca de mis personajes masculinos en *Bodily Harm*. Hay tres con los que la heroína se acuesta y un cuarto personaje masculino principal con el que no lo hace. Una novelista y crítica hizo notar que hay un buen hombre en el libro pero ninguna buena mujer y tiene toda la razón. Los otros hombres no son “malos” —de hecho, son simpáticos y atractivos como personajes masculinos literarios, mejores que Mr. Kurtz y Iago— pero el *buen* hombre es *negro*, por lo cual ha sido ignorado. Cuando se juega al juego de los “roles” es necesario leer con cuidado; si no uno termina adoptando posiciones embarazosas, como la anterior.

Bueno, vuelvo a las preocupaciones prácticas de New Grubb Street. Supongamos que estoy escribiendo una novela. Primero: ¿cuántos puntos de vista tendrá? Si sólo tiene uno, ¿será de hombre, mujer o gaviota? Supongamos que mi novela tendrá un punto de vista y que los ojos a través de los que miramos desplegarse el mundo de la novela son los de una mujer. Como consecuencia inmediata, las percepciones de todos los personajes masculinos pasarán a través del aparato receptor de este personaje central. Y no será necesariamente exacta o justa. También sucederá que todos los de-

más personajes serán necesariamente secundarios. Si soy hábil, podré desprender un conjunto de percepciones distintas a las del personaje principal a través del diálogo y de los matices entre líneas, pero habrá una fuerte inclinación hacia A como quien dice la verdad y nunca escucharemos lo que los personajes B y C piensan en realidad, cuando están solos, orinando afuera o haciendo alguna otra cosa de hombres. Sin embargo, el panorama cambia si utilizo un punto de vista múltiple. Ahora puedo hacer que los personajes B y C piensen por sí mismos, cosa que no siempre concordará con lo que A piensa *de ellos*. Si quiero, puedo aún agregar otro punto de vista, el del narrador omnisciente (que, por supuesto, no soy "yo", la que comió panquecitos de salvado en el desayuno y ahora se dirige a ustedes), otra voz más en la novela. El narrador omnisciente puede sostener que conoce cosas sobre los personajes que ni ellos mismos saben, y dejar que el (la) lector (a) las sepa también.

La próxima cosa que tengo que decidir es el tono que adoptaré, en qué modo escribiré. Un estudio cuidadoso de *Cumbres Borrascosas* revelará que nunca se observa a Heathcliff picándose la nariz, ni siquiera sonándose, y se puede leer todo Walter Scott sin encontrar un solo cuarto de baño. Sin embargo, Leopold Bloom se preocupa por las necesidades mundanas del cuerpo en casi cada página y nos parece compasivo, sí, y cómico y hasta patético, pero no es exactamente el sueño de amor de juventud. Si Leopold Bloom intentara saltar por la ventana al cuarto de Cathy probablemente se resbalaría. ¿Cuál es el retrato más verdadero del Hombre con H mayúscula? O, como Walter Mitty, ¿será que cada hombre contiene en sí mismo un ser ordinario, limitado y trivial, y un concepto heroico? y de ser así ¿sobre cuál deberíamos escribir? Yo no abogo por ninguno, pero hay que hacer notar que los novelistas serios del siglo XX han optado por Leopold y el pobre Heathcliff ha sido relegado a las novelas góticas. Si el susodicho novelista serio del siglo XX es además mujer, también ella elegirá a Leopold, con todos sus hábitos, ensueños y necesidades. Esto no significa que odie a los hombres, sino sólo que le interesa cómo se ven sin el abrigo puesto.

Muy bien. Supongamos que he elegido tener en mi novela al menos un personaje masculino como narrador o protagonista (que no es necesariamente lo mismo). No quiero que sea desnaturalizadamente malo como Mr. Hyde; más bien intento llegar a un Dr.

Jekyll, un hombre esencialmente bueno con algunas fallas. He ahí el problema, porque, como Stevenson sabía, es más fácil escribir algo interesante sobre el mal que sobre la bondad. En estos días, ¿qué noción de hombre bueno sería creíble? Supongamos que elijo un hombre simplemente no malo, es decir, uno que obedece las leyes, paga sus cuentas, ayuda a lavar los platos, no le pega a su mujer o molesta a sus hijos, y demás. Supongamos que quiero que tenga algunas buenas cualidades actuales, buenas en el sentido activo, positivo. ¿Qué tendría él que hacer? ¿Y cómo puedo volverlo —al contrario de Sir Charles Grandison— interesante en una novela?

Sospecho que en este punto las preocupaciones del (la) novelista conciden con los de la sociedad. Hubo una vez en que definimos a la gente —mucho más que ahora— según el éxito o fracaso alcanzado en su adaptación a ciertos modelos de roles sexuales predefinidos; entonces era más fácil decir qué significaba ser “un buen hombre” o “una buena mujer”. Había ciertos conceptos que definían la hombría y cómo se adquiría. La mayor parte de las autoridades en la materia coincidían en que no sólo se nacía con ella, sino que había que ganársela, adquirirla, ser iniciado en ella; los actos de valor y heroísmo contaban en parte, la habilidad para soportar el dolor sin doblegarse, o beber mucho sin perder el sentido, y cosas así. En cualquier caso, había reglas y uno podía trazar la línea que separaba a los niños de los hombres.

Es cierto que el modelo de comportamiento masculino tenía sus inconvenientes, hasta para los hombres —no todos podían ser Superman, muchos se atascaban en Clark Kent— pero existían ciertos rasgos útiles y a la vez positivos. ¿Con qué hemos reemplazado este paquete? Sabemos que las mujeres pasan por un estado de cataclismo y fermento desde hace tiempo, y el movimiento genera energía; las mujeres pueden decir ahora cosas que antes parecían imposibles y pensar lo que era impensable. ¿Pero qué le ofrecemos a los hombres? Su territorio, aunque aún grande, se está encogiendo. La confusión y la desesperación y la rabia y los conflictos que encontramos en los personajes masculinos no existe sólo en las novelas. Están ahí, en el mundo real. “Sé una persona, hijo mío” no suena igual que “Sé un hombre” aunque es una meta meritória. El (la) novelista, *qua* novelista, en oposición a la novela rosa utópica, toma *lo que está ahí* como punto de partida. Lo que está ahí, cuando habla-

mos de hombres, es un estado de cambio, nuevas actitudes que se traslapan con las antiguas, no más reglas simples. Tal vez de esto haga surgir una forma de vida emocionante.

Mientras tanto, creo que las mujeres deberían tomar las preocupaciones de los hombres tan en serio como esperan que ellos tomen las suyas, como novelistas y como habitantes de este mundo. Con demasiada frecuencia nos encontramos con la actitud de que sólo el dolor sentido por las personas de sexo femenino es real, que sólo los miedos femeninos son miedos. Para mí eso equivale a la noción de que sólo quienes pertenecen a la clase trabajadora son seres reales mientras que los clasemedieros no lo son y cosas por el estilo. Por supuesto que existe una distinción entre el dolor ganado y la mera e infantil autocompasión y, sí, el temor que sienten las mujeres ante la posibilidad de ser asesinadas por un hombre tiene bases auténticas, sin mencionar estadísticas, en un sentido más amplio que el temor que sienten los hombres de que se rían de ellos. El daño a la imagen que una tiene de sí misma no es el mismo que un daño en el cuello, pero no debe subestimarse: los hombres han llegado a matar y a matarse por ello.

No abogo porque las mujeres vuelvan al estatus de tapete ni tampoco a los arreglos por los cuales las mujeres apuntalan, nutren y acarician los egos de los hombres sin que ellos hagan, al menos, algo similar por ellas. Comprender no implica necesariamente tolerar; y podría señalarse que las mujeres han "entendido" a los hombres durante siglos, en parte porque era necesario para su supervivencia. Si el otro tiene la artillería pesada, más vale anticipar sus movimientos probables. Las mujeres, como los guerrilleros, desarrollaron como estrategia preferida la infiltración más que el ataque frontal. Pero "la comprensión" como herramienta de manipulación —lo cual es, en realidad, una forma de desprecio— no es lo que yo quisiera ver. De cualquier modo, algunas mujeres ya no están dispuestas a dar más comprensión, de ninguna especie; se sienten como René Lévesque:⁴ se terminó esa época, ahora quieren el poder. Pero uno no puede despojar a ninguna parte de la humanidad de la definición de "humano" sin arriesgar dolorosamente su alma. Y para las mujeres el definirse como desposeídas de poder y a los hombres

⁴ Líder del independentismo quebequense.

como todopoderosos significa caer en una trampa antigua, eludir la responsabilidad y falsear la realidad. Lo contrario también es cierto; pintar un mundo donde las mujeres ya son iguales a los hombres en poder, oportunidades y libertad de movimiento es una renuncia similar.

Ya sé que no he dado instrucciones específicas para la creación del personaje masculino; ¿cómo podría? Recuerden que todos son diferentes. Sólo he dado unas cuantas advertencias, una indicación de lo que se debe estar preparada para recibir del mundo real y de los críticos. Aunque sea difícil hay que intentarlo.

Cuando era joven y leía muchas historietas y cuentos de hadas, deseaba dos cosas: la capa de la invisibilidad, para seguir a la gente y escuchar lo que decían cuando yo no estaba, y la habilidad de teletransportar mi mente a la de alguien más, pero conservando mis percepciones y mi memoria. Como ven, mi destino era ser novelista, porque cada vez que escriben una página los (las) novelistas están actuando estas fantasías. Lanzar la mente es más fácil si se lanza a un personaje que tiene algo en común contigo, razón por la que, tal vez, he escrito más páginas desde el punto de vista de personajes femeninos que de masculinos. Sin embargo, los personajes masculinos representan un reto mayor y ahora que soy madura y menos floja sin duda intentaré unos cuantos más. Si escribir novelas —y leerlas— tiene algún valor social rescatable, tal vez sea que te fuerzan a imaginar lo que significa ser otra persona.

Lo cual, cada vez más, es algo que todos y todas necesitamos saber.

Traducción: **Graciela Martínez-Zalce**